

Homilía en la Ordenación de 12 diáconos en San Felipe.

En el día en que Jesús el Señor se revela como el Mesías, el Hijo de Dios esperado por los siglos, nuestra iglesia diocesana se goza al experimentar su presencia en esta celebración eucarística. Ayer fueron los pastores y los magos los que contemplaron al Dios vivo y verdadero envuelto en pañales. En el presente, son los humildes y sencillos traspasados por la sabiduría divina los que perciben la gratuidad de la salvación presente en este misterio de amor que perturba a los satisfechos y que fortalece a los débiles.

Hemos escogido la fiesta de la manifestación del Señor, para conferir el Orden del diaconado Permanente a 12 hombres casados quienes por propia decisión y valoración de la Iglesia recibirán este sacramento que los identificará de una manera peculiar con la misión salvadora de Jesucristo. Para entender mejor lo que dice relación con la identidad y misión de todo diácono y de la diaconía en la Iglesia, los invito a mirar sus orígenes en la escritura y en la vida de la comunidad eclesial.

El diácono y la diaconía de Cristo.

San Pablo en su carta a los Filipenses les habla acerca de la identidad y misión de Jesús: “Cristo, siendo de condición divina, no hizo alarde de ser igual a Dios, sino que se vació de sí mismo y tomó la condición de esclavo... se humilló, se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte de Cruz”(Fil. 2, 6-7) San Mateo agrega al respecto: “El Hijo de Dios que vino no para ser servido sino para servir y dar su vida para el rescate de muchos nos enseñó que el que quiera ser el mayor, sea el servidor de todos” (Mt 20, 28. Mc 10, 42-44). Es en la vida y en el ministerio de Jesús donde se fundamenta la misión de toda diaconía y de todo diácono. Imitando a Jesucristo compromete su existencia al servicio de quien sufre el abandono y la exclusión y que necesita de una voz que clame por sus derechos y su dignidad.

Quien recibe un ministerio en la Iglesia, sea el diaconado, el presbiterado o el episcopado debe tener presente que su vocación no se identifica con el ejercicio del poder, ni menos con posturas o actitudes que desfiguren el ministerio recibido. El ministro ordenado debe ejercitarse en la sencillez y sobriedad en su estilo de vida. Sencillez y sobriedad difícil de adquirir si no se crece en la espiritualidad de la oración centrada en el ministerio de Jesús pobre en medio de los pobres. Lejos de nosotros la pretensión de ejercer algún poder, influencia o autoridad que no tenga su sustento en la vida y las enseñanzas de Jesús. Desde allí debe ir al encuentro de quien está tendido en el camino esperando que alguien se detenga para escucharlo y apoyarlo ante la postración y el abandono. Todo

diácono no es más ni menos que un samaritano que a imitación de Jesucristo hace suyo el dolor del que no cuenta para nadie. La opción preferencial por los pobres no constituye un descubrimiento espiritual de los cristianos en estos últimos tiempos. En todas las épocas de la Iglesia, no solo personas aisladas, sino también, grupos de cristianos llevaron hasta las últimas consecuencias el testimonio de Cristo, que, aunque siendo rico se hizo pobre para enriquecer a todos. Aunque el servicio a los pobres sea la medida privilegiada del seguimiento de Cristo, no justifica, sin embargo, la exageración de los exclusivismos, porque Jesucristo, salvador de los hombres difunde su Espíritu sobre todos, sin acepción de personas. Jesucristo a nadie negó su amor y su salvación.

Definir al diácono como “sacramento de Cristo pobre” indica el servicio como característica fundamental de su ministerio. La diaconía de la caridad es una gracia de Dios para su Iglesia. No se trata de una realidad meramente asistencial. La asistencia es apenas un aspecto social de un hecho sacramental. Es necesaria la presencia del Espíritu para que la persona reconozca a Cristo escondido y revelado en el rostro del pobre, del indigente, del necesitado, de aquel que no significa nada delante del mundo. Solamente en el Espíritu es posible, de hecho reconocer al Señor y eso vale tanto para el Señor escondido en el necesitado como para el Señor escondido y revelado en la pobreza de su humanidad.

La diaconía en la Iglesia a seguir por todo diácono.

Toda la Iglesia está llamada a atestiguar la diaconía de Cristo y como Cristo asumió en toda la condición humana, menos el pecado, también la Iglesia debe compartir las alegrías y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres (GS 1) La iglesia recibió la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios, de establecerlo entre todos los pueblos.

La Diaconía en la Sagrada Escritura y en la teología de la Iglesia primitiva surge como una característica del cristiano como tal. Un modo de ser, una realidad existencial

El ministerio diaconal, en los primeros siglos, se encuentra particularmente en la dimensión de la caridad, enseguida, viene el servicio del culto y de la pastoral. El ejercicio de la caridad se traduce en el cuidado de los enfermos, de aquellos que no tienen más esperanza, de las viudas, de los huérfanos, de los pobres. Los diáconos como oídos y el alma del obispo llevan a las aspiraciones y las necesidades de los pobres, trayéndoles el consuelo del pastor. El diácono debe distinguirse por su benevolencia, misericordia y solicitud pastoral.

Los hermanos que hoy reciben este ministerio forman parte de distintas comunidades eclesiales especialmente parroquiales. . Todos sin embargo, tienen conciencia de pertenece a la Iglesia de Jesucristo que vive su fe y su vocación en esta diócesis. Me importa recordarles su preocupación y aporte en la construcción de una Iglesia que cultive la comunión entre consagrados y fieles. Los individualismos personalistas no tienen cabida en la misión de salir a anunciar el Reino de Dios, ni menos en la propuesta de cómo abordar los desafíos que implica la inculturación del evangelio en una sociedad que si bien en lo más profundo de su existencia tiene ansia de inmortalidad, en la vida diaria pareciera estar en la frontera de la incredulidad. El testamento de Cristo identificado con la unidad cada día más necesario, pareciera estar ausente ante la violencia que destruye vidas y oscurece la verdad. Nuestra Iglesia necesita de pastores orantes, identificados en cada minuto de su vida con la cruz y la resurrección del Señor. Estoy absolutamente convencido

de la eficacia de la gracia de Dios que se derrama en quienes se detienen para contemplar su rostro en la asidua meditación de su palabra, en la recepción habitual de la eucaristía y en la humildad para confesar los pecados que hieren la imagen de Cristo presente en su Iglesia y en la persona que el mismo Dios ha puesto a mi lado y con quien no siempre es fácil vivir. Cuando un sacerdote o un diácono se ausenta permanentemente de los encuentros que forman parte de su vida personal y comunitaria como son los retiros, jornadas u otros medios para orar, compartir y o programar la vida pastoral, más de algo está pasando en su interior. Esa ausencia reciente el cuerpo de Cristo que es la Iglesia . Ella sufre porque alguien está sufriendo y no se sabe el por qué. . La vida y la vocación incluyendo la de los monjes es un llamado a la santidad. Jesucristo vivió ese llamado junto a sus apóstoles y en la cercanía del Padre presente en los signos y milagros en bien de la humanidad.

El diácono y la familia.

Los hermanos que hoy serán ordenados diáconos son casados por la Iglesia y por largos años han experimentado la fecunda espiritualidad matrimonial. Dios les ha bendecido con la fidelidad propia de un consagrado y con la constitución de familias que habiendo experimentado más de una tristeza y preocupación, nunca han dejado de experimentar la presencia de Dios en sus vidas.

Esta riqueza en la donación y fidelidad de estos matrimonios y el amor recíproco que se da con sus hijos, hoy se fortalece y acrecienta. La misión de construir una familia orante, unida en el amor y en la fidelidad, adquiere una dimensión de gratuidad y de muchas bendiciones. Queridas esposas. La Iglesia les renueva y fortalece el amor de sus esposos y cada hijo o hija debe estar feliz porque su padre les seguirá amando y cuidando porque son fruto de su amor. El amor que el esposo siente por su esposa y por sus hijos desde hoy y para siempre será sembrado en los campos y viñedos del Señor. Yo les pido que acompañen a su esposo y a su padre para que les pueda darle todo el tiempo necesario a Uds. a cuantos necesiten de estos servidores del evangelio.

Que la Sagrada Familia sea quien les acompañe en este recomenzar en su vida misionera y evangelizadora. Gracias a todos los que les han acompañado en estos largos años de formación y no se olviden de seguir en búsqueda de la verdad porque solo ella les hará libres. Les bendigo no sin antes pedirles que recen por mi en la difícil misión de ser el pastor de todos.

